



El informe de Adolfo Llanos y Alcaraz
para la Real Academia Española
«Estado actual de la cultura literaria en Méjico
(1882-1883)»

Lilia Vieyra Sánchez



Historia Contemporánea
de América

El informe de Adolfo Llanos y Alcaraz para la Real Academia Española. “Estado actual de la cultura literaria en Méjico (1882-1883)”

Lilia Vieyra Sánchez
Marcial Pons Editores, Colección Historia Contemporánea de América. Madrid, 2019.
179 páginas.

Reseña por Alicia Gil Lázaro, Universidad de Sevilla

DOI: <https://dx.doi.org/10.12795/RiHC.2020.i15.14>

LA CULTURA MEXICANA VISTA POR UN Y EL ESCRITOR Y PERIODISTA ESPAÑOL

La historiadora mexicana Lilia Vieyra Sánchez, especialista en el estudio y análisis de las publicaciones periódicas del siglo XIX en México y buena conocedora de la producción periodística española en ese país, ofrece con este libro una cuidada edición crítica de la obra inédita del escritor y periodista español Adolfo Llanos y Alcaraz *Estado actual de la cultura literaria en Méjico*. Se trata de un autor, en palabras de Lilia Vieyra, «poco célebre» en España. Una pequeña parte de su obra se ha reeditado en las últimas décadas, pero su nombre ha permanecido largo tiempo en el olvido y más aún su

contribución profesional e intelectual al estrechamiento de lazos culturales entre México y España a través de la lengua y la producción periodística.

Este texto, que ahora sale a la luz en la editorial Marcial Pons, constituyó un encargo de la Real Academia Española al autor al inicio de la década de 1870, con el objetivo último de promover un tratado de propiedad literaria entre ambos países, al tiempo que defender los derechos de autor de los escritores españoles afincados en México e impulsar el idioma español fuera de las fronteras peninsulares. Con tales fines Llanos y Alcaraz viajó a México en el verano de 1873, país en el que finalmente permaneció por espacio de seis años, como un inmigrante más, dedicado en este caso al trabajo periodístico, hasta que fue expulsado en mayo de 1879 por el gobierno de Porfirio Díaz. Realmente este es el hecho por el que se ha conocido a Llanos en la historiografía mexicana, por lo que la autora reivindica en estas páginas su labor como periodista y la nutrida estela de obras que dio a conocer en México gracias a impresores de fama como Ignacio Cumplido o Ignacio Escalante, aparte de su conocido carácter polemista que le valdría, efectivamente, la aplicación del artículo 33 de la Constitución mexicana.

Vieyra Sánchez ofrece en primer lugar un estudio introductorio con un detallado contexto histórico del autor y de la obra, así como del ambiente intelectual y las redes generacionales y periodísticas en las que se movió Llanos y Alcaraz y en las que se elaboró su *Estado actual de la cultura literaria en Méjico*. Cuando el escritor emprendió su viaje, según esta historiadora, ya era un experimentado militar y un periodista polémico «de amplias dotes narrativas, poéticas y dramáticas», con una treintena de obras publicadas en España a lo largo de una carrera iniciada una década atrás de su viaje (p. 13). En esa década de profesionalización se acercó a una generación de dramaturgos respaldados por la Real Academia que le abrieron las puertas primero al teatro español, como guionista, y dieron cauce después al cambio de rumbo en su vida que le terminaría llevando a México. En efecto, los académicos españoles, que confiaron a Llanos la tarea de elaborar en ese país un informe sobre su actividad literaria, mantenían comunicación con escritores peninsulares residentes en México, de manera que Llanos fue directamente recomendado a personajes de amplio reconocimiento en el ambiente periodístico y empresarial español como Anselmo de la Portilla y Telesforo García, con nexos también en las letras y la cultura mexicana.

De vital importancia en este contexto histórico es la experiencia migratoria del escritor en la capital mexicana, el estrecho contacto que desde su llegada estableció con el grupo de empresarios españoles alrededor del Casino Español y el no menos importante tejido de lazos con las comunidades españolas del interior del país, así como la empresa editorial que dio sentido profesional y económico a su estancia, la publicación de *La Colonia Española*, bisemanario al servicio del Casino, en primera instancia, convertido en diario un tiempo después y, en definitiva, el principal periódico del grupo español residente en México a lo largo de esa década. La venta del periódico, al decir de Vieyra,

así como el apoyo financiero de los empresarios españoles, «hicieron posible que Llanos comprara una imprenta propia» en la que no solo se publicó el diario sino también diversas obras, tanto las propias del autor como de otros autores españoles y mexicanos (p. 15). Pero, sin duda, el acercamiento a las letras y la cultura mexicana y el conocimiento exhaustivo de las mismas que este escritor demuestra en el texto que Vieyra recupera fueron posibles gracias a su familiaridad con la generación de escritores y periodistas mexicanos contemporáneos con los que compartió escritura, empresas editoriales y asociaciones literarias, entre los que se encuentran nombres de la talla de Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, José María Roa Bárcena, Francisco Sosa y otros.

El estado actual de la cultura literaria en Méjico se publicó en dos revistas españolas unos años después de la precipitada salida de Llanos del país. La investigación sobre la vida y la obra de Llanos de Alcaraz que llevó a cabo Vieyra Sánchez para elaborar su tesis doctoral le condujo a rastrear sus contribuciones en la prensa diaria española y en las revistas de carácter cultural. Fue de esta manera que la autora encontró el informe. En primer lugar, dio con la segunda parte del ensayo en la *Revista de España*, a lo largo de tres números entre enero y febrero de 1883. Una nota a pie de página en una de estas entregas guio a Vieyra a encontrar la primera parte, publicada en la *Revista Hispano-Americana*, en junio de 1882. El ensayo en su conjunto constituye, por tanto, la rendición de cuentas que Llanos hizo a la Real Academia Española tras la observación atenta de la realidad literaria mexicana y los factores que hacían necesaria para este autor la firma de un convenio de propiedad literaria entre ambos países.

En la primera parte del ensayo, el escritor ofrece un análisis de la organización social de la república mexicana basado en una serie de criterios clave como el idioma que se hablaba en cada estrato social (pp. 47-50), las diferencias entre el español que se conversaba en España y el mexicano (pp. 51-57), quién leía y escribía en México, qué géneros literarios se cultivaban más abundantemente y, en general, cómo era la ciencia y la cultura mexicanas. Para Vieyra, el informe constituye un material muy útil para los lingüistas dedicados al estudio de la evolución del español en ambas naciones a lo largo del siglo XIX.

Llanos documentó de esta manera los usos del castellano y construyó además una nómina de vocablos autóctonos y otros vigentes en el habla común de México, pero en desuso en España. Informaba en su ensayo sobre las lenguas indígenas y las diferentes áreas en las que estas eran la principal forma de comunicación hablada (pp. 69-75), especialmente del náhuatl, que Llanos describía como «sobrio, expresivo y afectuoso», un idioma que reflejaba «la humildad, respecto, reverencia, cortesía, sencillez y amor» que caracterizaban a los pueblos indígenas que lo hablaban (p. 38).

Se ocupaba también de la influencia que tenía la literatura española entre los escritores mexicanos frente a la competencia de otras corrientes literarias nacionales, como la

alemana, la francesa o la inglesa. Tal y como expresa Vieyra, el hallazgo y rescate del texto permite, finalmente, observar la trascendencia que tuvieron las letras mexicanas en el último tercio del siglo XIX para los escritores peninsulares que se establecieron en México y que, al regresar a España, como en el caso de Llanos, se esforzaron por difundirlas. El ensayo exhibe el empeño de este escritor por destacar la calidad y el alto nivel intelectual de los escritores, científicos y artistas mexicanos de esa generación.

Al mismo tiempo, Llanos leyó con fruición los periódicos mexicanos, que consideró medios de calidad que daban a conocer las letras nacionales, inventariando los más importantes en circulación en la capital mexicana. Se interesó ampliamente por la poesía y la dramaturgia mexicana, que comparó con las españolas “ningún otro pueblo de la América latina [sic] se aproxima tanto a los poetas, ora por su estilo, ora por los asuntos que escogen, a los antiguos y los modernos de España” y abarcó también otros géneros literarios como la narrativa, la oratoria, la crítica e inclusive la historia. Para este escritor los intelectuales eran hombres de vasta cultura que combinaban el ejercicio profesional (médicos, ingenieros, artistas o letrados) con su vocación de poetas, oradores, autores dramáticos, críticos o periodistas.

Por todo esto, si bien el aparato crítico desplegado en esta obra se atiene a los cánones que debe reunir toda edición crítica y anotada, la propia autora expresa que en la base de esta publicación estuvo el objetivo de seguir un rumbo propio y ofrecer una obra de divulgación para un público más amplio europeo, latinoamericano y mexicano “que le acerque a la lengua, las letras, tradiciones, costumbres, gastronomía, espectáculos, actores, científicos, escritores, médicos y pintores de México” en el último tercio del siglo XIX, que permitan conocer el pasado e identificar algunos aspectos de la cultura mexicana que todavía siguen vigentes en pleno siglo XXI.

Para Lilia Vieyra, *El estado actual de la cultura literaria en Méjico* supuso todo un reconocimiento de su autor, Adolfo Llanos y Alcaraz, a la calidad de las letras mexicanas, en la que hizo gala, además, de un conocimiento vívido y profundo de estas. Y es que, su obra tal vez más conocida *No vengáis a América: libro dedicado a los pueblos europeos*, en la que expresaba las razones por las que pensaba que México no era un buen destino migratorio, le generó en el momento de su publicación una injusta fama de escritor que denigraba a México y a los mexicanos; pero este informe, recuperado ahora en este libro, muestra que una vez retornado a España, tan solo tres años después de haber sido expulsado de México, Llanos se dedicó de forma exhaustiva a describir y dar a conocer el ambiente intelectual mexicano del siglo XIX como un pueblo « que está a la vanguardia de nuestra raza en América ». Por ello el libro de Vieyra sin duda ha de contribuir a reivindicar la figura y la obra de Adolfo Llanos en la historiografía mexicana tanto como la española. No solo eso. Esta recuperación que hace Vieyra en su edición crítica puede resultar de utilidad para los estudiosos de las letras mexicanas, en tanto la autora sigue con delicadeza y minuciosidad el rastro de las redes intelectuales creadas

entre escritores españoles residentes en México y sus interlocutores mexicanos, detecta y analiza los vínculos establecidos entre ellos, los espacios abiertos por unos y por otros para dar cabida a su producción literaria y periodística y el denso tejido, en definitiva, con el que se escribió la historia de la literatura mexicana del siglo XIX.